

AL DIVINO CAUTIVO



Cuando recibí la noticia de que había sido nombrada pregonera, esta humilde alabardera se preguntó qué había hecho para merecer tan grande honor; ¿qué podía decir yo cuando clérigos, sabios, eruditos, escritores, historiadores... hablaron de tu Pasión, de tu Muerte y de tu Resurrección? Al momento, la respuesta llegó: Hablar desde el corazón.

La primera vez que te vi, me estremecí. Tu mirada penetrante se fijó en mí, o al menos así yo lo sentí. Mi cuerpo reaccionó ante tanta emoción; mis ojos brillaron cuando tu rostro contemplaron y una lágrima resbaló buscando mi corazón. Me invadió una sensación que años antes descubrí, cuando en Roma a tu Madre vi.

Nunca contemplé imagen tan viva, belleza tan divina, cuerpo tan real, rostro tan hermoso y mirada tan firme y serena.

No hay humano que por sí solo pudiera crear esta imagen con sus manos; tuvo que ser un halo divino el que le marcó el camino para hacer esta obra con tanta delicadeza, perfección y belleza. Benlliure recibió esta Gracia, fue el elegido para esculpir este Cautivo. La hermosura personificada que del cielo baja, que con su mirada nuestro cuerpo abrasa como daga que llena de amor se lanza. Belleza, elegancia, sencillez, señorío y tronío son las palabras que de ti hablan, son las marcas de tu casa.

Cuando Judas negociaba el precio de la traición con 30 monedas de plata, tu valor marcaba, del oro se olvidaba y sus manos para la posteridad manchaba, su conciencia desconcertaba y su alma arruinaba. Con un desafortunado beso te entregaba.

Los falsos testimonios te condenaban; la falsa blasfemia, reo de muerte te declaraba. A manos de los pecadores al Hijo de Dios se entregaba.

Junto a esa columna, tus manos amarradas la realidad proclaman, pidiéndonos la justicia que a este mundo le falta.

Al verte amarrado, preso, cautivo... Recuerdo a los cristianos perseguidos, siento como la flecha envenenada del enemigo sus corazones traspasa. Pido a San Isidro que interceda por nuestros hermanos oprimidos, que siglos después viven como él en territorios fronterizos, sufriendo el azote infiel que les obliga a abandonar sus casas. Patrón, muéstrales una vereda, la vereda de las Navas para poder borrar la tristeza de su rostro y el miedo de sus ojos.

¡Oh Señor! Danos aliento, cautívanos con tu mirada, danos la fuerza necesaria para salvar la adversidad diaria, para que en este valle de lágrimas encontremos la fortaleza y la fe necesaria para no perder nunca la esperanza.

Haznos sentir el alivio que sólo de Ti emana, para alcanzar esa alegría, esa paz, esa calma que nos inunda cuando Tú nos la mandas.

Tú que sufriste la infamia, la injuria y la injusticia apiádate de estos insignificantes e indignos siervos tuyos, envíanos tu Gracia. Danos paciencia, sabiduría y templanza, para tratar al que con premeditación y alevosía nos engaña y nos maltrata.

La barbarie y la maldad humana lucharon contra ti. Látigos y flagelos con tiranía tu piel rasgaron, tu cuerpo sangraron, mostrando el sufrimiento del hombre, despreciado y vejado por la injusticia y el miedo de los poderosos romanos.

Ya sin fuerza, sin aliento, con gran sufrimiento, comenzaste la subida por el triste sendero, cargado con la pesada cruz que con rudos clavos y toscos maderos ellos fabricaron.

En tu largo camino de Pasión, tus fuerzas fallaron y al suelo, como hombre, caíste derrotado. Simón el Cirineo, que por allí pasaba y miraba, a cargar con tu cruz fue obligado, siguiendo la vía dolorosa que ellos te habían marcado.

Su Madre angustiada a su Hijo contemplaba y de sus ojos lágrimas derramaba al ver el sufrimiento que su Hijo mostraba, enseñando al mundo lo mucho que le amaba.

Tras caídas y levantadas, al final del camino llegabas, el monte Gólgota coronabas, mientras tu Madre desconsolada sus ojos de lágrimas llenaba, al ver que tu crucifixión se acercaba.

La hora se acerca, hay que partir. Jesús se aleja de María para seguir el camino y cumplir su destino. Dudó, pero siempre aceptó para lo que su Padre le envió.

Clavos viejos, sucios, oxidados y con otros condenados usados, los soldados preparaban para traspasar tus muñecas sin desgarrar tus manos; mostrando al mundo la injusticia que en tiempos de Poncio Pilatos contigo se había realizado. En esa hermosa Veracruz, tu cuerpo flagela y herido fue clavado. Para la eternidad, tu sello grabaron, y la salvación al mundo, sin saberlo, llevaron.

Con un clavo penetrante, tus pies fueron perforados, en base de madera apoyados para que no te ahogases tan pronto mientras sufrías y así, alargarte la agonía en este desdichado día.

¡Quién fuese clavo con almohadillas decorado para amortiguar tu pena, para acoger tus pies ensangrentados! ¡Quién fuese clavo con rubíes coronado para iluminar tu rostro demudado!

La mañana pasó, el tiempo cambió, el suelo tembló, los maderos se resquebrajaron, el sol se eclipsó y hacia las tres de la tarde Jesús expiró.

Con su lanza un soldado le traspasó el costado para asegurarse de que este mundo había dejado.

Madre que se inclina ante el Hijo, el Hijo de sus entrañas, para mostrarle el amor que en una madre nunca se acaba. Corazón roto al ver el maltrato que este mundo injusto a Jesucristo daba.

Suena el llanto amargo del que, con corazón herido, revive este drama en tierras castellanas, aunque sucediese en otras lejanas. Se percibe un sollozo contenido que recuerda a los seres queridos, a los seres perdidos, a los que estuvieron pero ya no están. La tristeza pronto se olvida porque en Ti la muerte es vida, Tú la convertirás en eterna alegría al tercer día. El que camina y vive junto a Ti nunca muere, correrá por verdes praderas y tendrá vida eterna.

Tras el duro día, duerme la noche tranquila. Pasan las horas... El lucero del alba asoma, el cielo se ilumina con desbordante energía. Se respira un aroma intenso, penetrante que nos envuelve y nos cautiva; huele a cantueso, romero y brezo. Es Domingo de Resurrección.

De repente, escuchad, isuenan campanas, campanas de Gloria, campanas que tañen llenas de alegría anunciando el triunfo de la vida! ¡Ahora suena un canto, canto de esperanza florecida!

La Semana Santa se acerca, la calma desaparece y las prisas crecen. Tu Paso tiene que salir por las calles de Madrid para que sus gentes puedan disfrutar de Ti.

Los hermanos cofrades se preparan, sus ropas acicalan. Nazarenos con túnicas blancas, ocultos en capiotes rojos que sólo nos permiten ver sus ojos; humildad, devoción y sencillez no nos dejan su rostro ver.

Sandalias blancas franciscanas con calcetín rojo, rojo de sangre, de muerte y de vida, pisan con firmeza el suelo, retumbando el cielo para acompañar a su Señor que hoy luce con todo su esplendor.

Tras largas horas de espera, por fin la recompensa llega. Cuando la calle coronas, suena la Marcha Real, el Himno Nacional. El bullicio se rompe, un silencio respetuoso se impone mientras las miradas en Ti se ponen. Quieren sentir esa luz que sólo Tú irradias, quedando libremente esclavos de esa fuerza que nos amarra; dejándonos una tranquilidad, una paz, una calma, que en esta vida pocas veces se alcanza.

Contemplando tu divina mirada se comprende por qué la fe del cristiano nunca se apaga, renace en la adversidad y sale fortificada.

Tus fieles te alaban, tus devotos te aclaman porque saben que Tú eres el que cura, Tú eres el que sana el cuerpo y el alma.

La procesión avanza, las mantillas, negras, enlutadas con el viento se levantan como banderas teresianas que a los cuatro vientos proclaman: “Quien a Dios tiene, nada le falta; sólo Dios basta”.

De norte a sur, de este a oeste, desde el llano a la montaña, desde el nacimiento del río hasta el mar bravío, Tú eres el único, el verdadero Señor de España.

Cuando veamos tus huellas, sigamos tus pisadas y acortemos distancias estaremos preparados para lograr la unidad y la paz de la Patria.

Que nadie olvide, que todo el mundo recuerde que fue la religión, la fe cristiana, la que trajo la unidad, la grandeza y la libertad a estas tierras hispanas.

Tú eres la Luz, Tú eres la Esperanza, Tú eres el principio y el fin del Camino, Tú eres... **¡El Divino Cautivo!**

En Madrid, a 10 de marzo de 2018

María Rubí Pernudo Jiménez

Real Congregación del Santísimo Cristo de la Fe,

Cristo de los Alabarderos

y María Inmaculada Reina de los Ángeles